

# LA NOCHE DE LOS LARGOS CUCHILLOS

El 30 de junio de 1934, Adolfo Hitler, canciller de la Alemania, cuyo Presidente era el viejo Hindenburg, jefe supremo del partido único, nazi, interrumpió en la madrugada un viaje que había emprendido y desde la ciudad de Bad Godesberg y regresar a Munich, de donde había partido.

**U**NOS días antes, el 25, Rudolf Hess —el hoy mimado y lamentado prisionero de Spandau, gran favorito de la prensa occidental— había dicho: «Nadie vigila más su revolución que el propio Führer». A la una de la madrugada Hitler había decidido «vigilar» más de cerca su revolución: regresó a Munich, mandó sacar de la cama a los principales jefes de las SA —las Secciones de Asalto, la dura milicia del partido, que había exterminado los partidos obreros pistola en mano— y ordenó el fusilamiento inmediato de seis de entre ellos.

El jefe, Röhm, fue asesinado a disparos de pistola. Aunque los cuchillos no actuaran, aquella fue denominada «la noche de los largos cuchillos». Tampoco fue la única: las noches siguientes estuvieron plagadas de asesinatos. Las cifras oficiales dicen que hubo 77 muertos; en la prensa occidental se habla de entre 150 y 200. Las SS, encargadas por el Führer de esta vigilancia muy especial de la revolución, actuaron en algunos casos por su cuenta.

Así terminaron en Alemania los nazis que pretendían que la culminación programática se cumpliera —pedían la «segunda revolución», cayeron otras personas que se oponían al ascenso de Hitler al mando supremo, el capitalismo y la alta burguesía encontraron un respiro en sus miedos y el Ejército se convenció de que nadie pretendía sustituirle. Hitler recibió a cambio el apoyo del gran capital (es decir, lo refrendó), obtuvo los frutos de un terror gobernante que le sería enormemente útil durante los años siguientes y el apoyo de la Reichswehr para sustituir a Hindenburg cuando éste muriese, unificar el puesto de Jefe de Gobierno con el de Jefe de Estado y emprender su gran acción de carácter universal, que finalmente terminaría en gran catástrofe.

## La «segunda revolución»

La «segunda revolución» que pretendían las Secciones de Asalto,

los más puros —y los más implacables— de entre los nazis, era la de la expulsión final del gran capitalismo y de la alta burguesía. Es decir, el establecimiento del nazismo, que no era de izquierdas ni de derechas, sino una profunda mutación social, tal como estaba previsto en «Mein Kampf» y en las otras obras doctrinales del partido.

Hitler había llegado al poder izado por el gran capital, que le había confiado la misión de acabar con el comunismo, la social-democracia y el socialismo —lo cual había cumplido—, y por el Ejército, que veía la posibilidad de que las doctrinas de Hitler dieran la base popular para reconstruir una Alemania fuerte que pudiera vengar la derrota de 1918, que atribuía, como sucede habitualmente, no a su propia incapacidad de oponerse al enemigo, sino a los civiles y su política de «manos atadas» o de pacto. Una galvanización de los civiles por los medios de Hitler era necesaria antes de la reconstrucción militar.

Es probable que Hitler mismo fuera un «invento» del capitán Ernst Röhm, del Estado Mayor del VII Distrito militar, y que éste hubiese sido delegado por sus jefes para encontrar y elegir un jefe entre los numerosos extremistas de la derecha que pululaban por la Alemania derrotada de 1918 y los años siguientes: Hitler era uno de aquellos muchos Hitler, y fue elegido por Röhm, con gran acierto desde su punto de vista, aunque la elección le sería fatal. Este mismo Röhm sería el jefe de las SA, asesinado en la noche de los largos cuchillos por la orden directa de Hitler.

## Las matanzas

El Führer no tenía por entonces la más mínima intención de proceder a la segunda revolución. Quería dinero y apoyo militar, y llegar a la suprema jefatura de la nación; respondía lealmente a las fuerzas que le habían izado al poder y a los propósitos de estas fuerzas. Las SA se hicieron cada vez más



El teniente coronel Röhm, jefe de las SA, fue asesinado a disparos de pistola en la prisión de Stadelheim, de Munich.

insistentes. Llegaron a ser poderosas y temibles: muchas personas próximas a Hitler se sentían amenazadas —Himmler, Goebbels—, y, desde luego, el propio Hitler.

La frase de Hess el 25 de junio respondía a esas críticas y a esas amenazas de las SA: era solamente el Führer quien debía vigilar «su» revolución. Es posible que si Hitler no se hubiera adelantado, la noche de los largos cuchillos hubiera tenido como actores a los de la SA y como víctimas a Hitler

y los suyos. El nombre de Hitler hubiese sido, en ese caso, fugaz en la Historia, y, en cambio, hubiera prevaído el de Röhm, o el de quien hubiese asesinado a Röhm.

Las matanzas duraron varios días. Algunos consiguieron huir, otros fueron muertos en sus propios lechos. Junto a los asesinos asesinados, los de la SA, cayeron viejos políticos absolutamente indefensos contrarios al nazismo, amigos de Hindenburg: los monár-



Hitler, el mariscal Hindenburg y Göring, durante la gran manifestación pangermanista de Tannenberg.

quicos que pretendían la restauración del Kaiser, y que se agrupaban en torno al político y diplomático Von Papen; el viejo enemigo de Hitler, Kahr; Klausner, director general de la Acción Católica; Strasser, Scheliser y su esposa, el general Von Bredow... El propio Von Papen fue detenido, pero aseguró a Hitler su amistad y fue enviado como embajador a Viena, perdiendo

solamente el Ministerio de Asuntos Exteriores.

### Una explicación

La explicación que se dio al país fue obscena: el partido se depuraba de los homosexuales. Lo eran, sin duda, muchos de ellos —el propio Röhm, lo cual sabía Hitler desde quince años antes—, pero lo eran también muchos de sus ejecutores. El culto excesivo a la virilidad tiene muchas veces esas paradojas, y el viril partido nazi estuvo muchas veces relacionado con la homosexualidad. Pero, naturalmente, no bastaba esa explicación para cometer unos actos que, aun en la Alemania de 1934, eran delitos. Había que legalizarlos, y se hizo por Decreto.

El 3 de julio de 1934 se promulgó una Ley que tenía un artículo único: «Las medidas tomadas por el

Estado en defensa propia para el aplastamiento de los ataques de alta traición y de traición a la patria los días 30 de junio, 1 de julio y 2 de julio son legales». Las investigaciones judiciales que tímidamente se habían iniciado quedaron automáticamente suspendidas. Naturalmente, la justicia no podía intervenir en algo que por Decreto se había convertido en legal.

La falta de mención explícita —un último pudor— de la naturaleza de aquellos actos y de los nombres de las víctimas legalmente asesinadas permitió amparar bajo la Ley del 3 de julio de 1934 otros asesinatos de tipo personal cometidos por las SS y algunos que se cometerían después. El asesinato era ya legal en Alemania, siempre que los que lo cometieran estuvieran de parte del poder.

### Hacia el futuro

La noche del 30 de junio y las noches siguientes fueron de gran utilidad para Hitler y para el Régimen nuevo. El capital volvió a financiar a Hitler y encontraría en él siempre la defensa necesaria, con la ventaja de que ni siquiera su derrota le arrastraría, porque la colaboración inmediata con los Estados Unidos sería una ayuda más fuerte: encontró a tiempo que la

democracia puede ser más útil aún que el nazismo para el desarrollo capitalista.

El Ejército, que no había intervenido en la matanza y que tampoco había intentado ningún esclarecimiento de los sucesos, cumpliría su promesa de elevar a Hitler al poder supremo a la muerte del mariscal Hindenburg. Recibió a cambio armas, disciplina y la admiración ciega de un pueblo: llegó a ser el mejor Ejército del mundo, que hizo de Alemania la nación más poderosa.

Las SS se hicieron las dueñas del orden, que les conduciría a la mayor perfección que en este sistema del orden político implacable se ha conseguido en el mundo: los campos de concentración (Eicke y Lippert, ejecutores materiales de Röhm, serían los comandantes del campo de concentración de Dachau; Himmler, jefe de las SS, se convertiría en el segundo personaje del Régimen, el hombre que inspiraba más terror que el propio Hitler).

Todo, por lo tanto, había sido perfecto en la «noche de los largos cuchillos»: la maniobra político-criminal había dado un resultado óptimo. Ya no le quedaba a Hitler más que precipitarse en la gran catástrofe que le consumiría, con los suyos, poco más de diez años después. ■ J. A.



Uno de los testigos en el proceso que en torno al caso Röhm se celebró en Munich en 1957, fue el teniente coronel Walter Kopp. En 1934, Kopp se presentó en su calidad de teniente de Policía del Land de Baviera, y en compañía de varios dirigentes de las SS, encargados de ejecutar a Röhm en la celda donde el jefe de las SA permanecía encerrado.